FRANCIA
Y LA SOLIDARIDAD
AMERICANA



MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCIA, Editor

CALLE SARANDÍ, 441

1917

FRANCIA

Y LA SOLIDARIDAD

AMERICANA



MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCIA, Editor

CALLE SARANDÍ, 441

1917



Imp. "El Siglo Ilustrado", San José, 938

Introducción

En el sentido de tributar un cordial homenaje al espíritu y a las ideas de Francia, que han formado la verdadera estructura moral de la solidaridad americana, esta casa editorial ha creído oportuno reunir en este opúsculo los discursos de Baltasar Brum, Ministro de Relaciones Exteriores; Mr. Jules Lefaivre, Ministro de Francia; Adolfo Agorio, el autor de "La Sombra de Europa"; Joaquín de Vedia, representante de "La Nación" de Buenos Aires; Julio María Sosa, director de "El Día" y un artículo de Alberto Lasplaces, redactor de la Sección Exterior del mismo Diario.

Estos discursos, que señalan una etapa histórica en la política internacional del Río de la Plata, fueron pronunciados con motivo de la última manifestación de solidaridad americana, en que el alma de nuestros pueblos vibró con el alto espíritu democrático encarnado en los ideales eternos de la Francia del Marne y de Verdún.

Del Dr. Baltasar Brum

He aquí, aproximadamente, las palabras pronunciadas por el doctor Brum:

La democracia de América une a todas las patrias, como unen a todos los hombres el sentimiento de la fraternidad y el dogma de la justicia. De ahí que en el ambiente nuestro, romántico en su culto al ideal y fiero en la reacción contra todos los agravios, se sientan tan hondamente las palpitaciones del alma argentina, ante las agresiones que la han hecho vibrar. Estoy orgulloso de mi país, porque cuando un pueblo llega a identificarse así con la indignación ajena, sintiendo como en carne propia todo atentado al derecho y a la humanidad y todo menosprecio de las normas caballerescas, es porque ha llegado a un grado de cultura superior, donde los altos postulados, que deben inspirar las vibraciones de la vida colectiva, no se subordinan ya a los intereses egoístas ni a las pasiones inferiores, sino que influyen en forma eficiente, apoyando el concepto y la acción salvadora de la solidaridad.

Con esta actitud de adhesión entusiasta y viril al noble pueblo hermano, habéis demostrado vuestra alta sentimentalidad y vuestra clara comprensión de los deberes del momento.

Ahora, cuando os disolváis, manteneos a la misma altura moral, guardando a los que no piensan como vosotros, todo el respeto que debe merecer la opinión en un país libre y generoso.

Así vuestra actitud será más noble todavía, demostrando al mundo que, ante el agravio a la América, sabéis reaccionar con dignidad y con firmeza, pero sin violen-

cias insensatas y sin abusos de poder que no serían compatibles con vuestra legendaria caballerosidad.

Pueblo uruguayo: seguid vuestra marcha vivando a la República Argentina y a la solidaridad americana!

Discurso de Mr. Jules Lefaivre (1)

Queridos amigos:

Quedo profundamente agradecido por los votos de simpatía a mi país que acabáis de formular en esta grandiosa manifestación, y os doy las más calurosas gracias. Porque, en verdad, ¿qué puedo desear más ardientemente sino ver al pueblo del Uruguay unirse al pueblo francés en un mismo pensamiento, en una común aspiración hacia el mismo ideal? Todos vosotros pedís el surgimiento de la Justicia, el Derecho y la Libertad en el mundo, y es por esa misma causa que mantenemos, desde hace tres años, la más espantosa lucha que recuerda la historia.

Lamento que esta casa no sea lo bastante grande para recibir en ella a todos los buenos amigos que vienen aquí a exteriorizar sus sentimientos hacia mi país, ya que la casa de Francia es también la casa de los amigos de Francia. Podría abriros todas las puertas porque no encontraríais ningún secreto; pues no se hace aquí diplomacia oculta, ni se trama ningún complot contra los intereses del Estado o de sus ciudadanos. No veríais más que las pruebas elocuentes de mi cariño por vuestro país, del deseo sincero de serle útil, de servir sus intereses. Puedo declararlo bien alto ante esta muchedumbre: mi acción, en todo y para todo, no ha sido sino la de un leal amigo del Uruguay. Desde el día en que tuve el honor de ser acreditado ante su Gobierno, me consideré ligado a él por un vínculo de honor, que tal es nuestro criterio sobre la diplomacia. Es cierto que el diplo-

(1) Discurso pronunciado desde los balcones de la Legación de Francia la noche del 19 de septiembre de 1917.

mático debe, ante todo, servir a su país; pero su arte debe ser el de buscar lo que puede ser útil al país ante el cual está acreditado, de evitar todo cuanto pueda contrariar ese principio.

Tal acción me ha sido, felizmente, tan agradable como fácil, pues si es inmensa la distancia que separa la Francia del Uruguay, no es menos cierto que son ambos países vecinos por sus tendencias y sus aspiraciones comunes. Entre Francia y el Uruguay no existe más que el mar, que puede surcarse, el mar que acerca más bien que separa; y entre Francia y su vecina del Este, existe, en cambio, un abismo insondable a pesar de la frontera común,—abismo que ni con todos los crímenes y todos los cadáveres que ella arroja alcanzaría a llenarlo!...

Francia fué sorprendida por la guerra en medio del más hermoso y humanitario ensueño. No aspiraba a ninguna anexión; limitaba su ambición a brillar pacíficamente en el mundo por las ideas, por la ciencia y por el arte. Los abusos monstruosos de la fuerza perpetrados desde hace tres años no la han hecho renunciar a su ideal. Antes como después de la guerra, su ideal es el de una humanidad donde todas las naciones, grandes o chicas, fuertes o débiles, jóvenes o viejas, tengan el mismo derecho a la vida. Queremos fundar una sociedad de naciones, en la cual todos sus miembros no tengan más que relaciones basadas sobre la amistad y la confianza recíproca, como también sobre el respeto a los tratados.

Hemos visto, desde hace tres años, el derecho internacional pisoteado de la manera más cínica; pero nunca como ahora creemos en el derecho internacional y queremos ver en él la expresión misma de la civilización, y por eso jamás hemos de adherir a la santificación de la Fuerza. Estos principios son también los de la noble nación uruguaya, que los ha demostrado desde el comienzo de la guerra, y vuestra presencia aquí es una nueva y elocuente demostración. Diré más aún: no existe hoy ningún pueblo en América que no comparta esos principios, porque no existe ninguna República americana

que no haya estado con los Estados Unidos cuando éstos se decidieron, en nombre del derecho violado, a darnos el apoyo de la formidable potencia material y moral que ellos representan.

Tenéis, pues, un pensamiento perfectamente exacto al venir aquí, esta noche, en una manifestación organizada en nombre de la solidaridad americana, ya que Francia es amiga de todos los pueblos de América.

Si es cierto que en este momento el más fuerte peligro ha pasado, no es menos cierto que él puede renacer: renacerá ciertamente si no nos mantenemos en guardia y si dejamos que la amenaza subsista en el porvenir. Sepamos, por lo menos, sacar de esos sucesos terribles la enseñanza que ellos entrañan. La hora es solemne. Unámonos; y tratemos de preparar, de organizar sobre definitivas y sólidas bases, el orden futuro de la humanidad.

Termino pidiendo me acompañéis en este grito: ¡Viva la amistad eterna de Francia y el Uruguay!

De Adolfo Agorio

Señores delegados:

La intelectualidad argentina os ha enviado como mensajeros de la causa más noble que haya podido dividir al género humano. No sois sólo representantes del espíritu nacional argentino, sino los intérpretes de una antigua tradición de justicia, tradición secular que hace de esa intelectualidad la barrera fecunda donde se derrumban los ideales puestos al servicio del crimen y donde triunfan los principios de la dignidad humana ultrajada por la barbarie. Os habéis sentido mecer por el amor de nuestro pueblo. Así es que mis palabras palidecen frente a ese gran sentimiento anónimo que ha ido hacia vosotros para saludaros como a hermanos, como a compatriotas, como a hijos del mismo cielo histórico que forjó, entre tempestades de sangre, la grandeza de nuestra civilización. El pueblo uruguayo se ha adelantado a la

misión que nuestro Comité de Solidaridad ha querido confiarme. Él os ha hablado en ese lenguaje formidable de las ovaciones, lenguaje profundo, que tiene el poderoso encanto de una fuerza de la naturaleza, lenguaje que es a la vez una conciencia y una esperanza. Él se ha fundido en vosotros con esa crispación soberbia donde se adivinan todas las desnudeces de la voluntad, todo el fuego del afecto, todos los matices del alma. Él ha estrechado vuestra mano y os ha dicho: "Somos algo más que vuestros amigos. Pertenecemos a vuestra familia. Estamos dispuestos a apoyaros en vuestra lucha contra la mentira y la injusticia. Desde que estalló el conflicto europeo nuestro corazón se halla al servicio de Francia y sus aliados. Las ideas madres de nuestra democracia son francesas, las fraguas donde brotó el primer vagido de nuestra ciencia son francesas, los maestros de nuestro pensamiento literario son franceses. El destino nos ha unido a Francia y nada puede separarnos."

*
* *

Yo me pregunto cómo vosotros, espíritus amigos de la paz, heraldos de la fraternidad humana, podéis proclamar la intervención de nuestros pueblos en la lucha sangrienta que azota al mundo. Yo me pregunto por qué el idealismo fraternal de Wilson se yergue contra la neurosis pangermanista, por qué el pacifismo soñador de Lloyd George se eriza de bayonetas y se afirma con la violencia reflexiva de los grandes ideales reformadores. He ahí el cuadro desesperado que ofrecería a la humanidad un puñado de verdades desarmadas. Es necesario oponer a la ciencia sin conciencia, el cálculo hecho alma, la meditación animada por el espíritu del bien. Por algo llegan hasta nosotros, por encima de las pasiones y de los intereses, las enseñanzas de la vida superior que van de Platón a Descartes, y de Descartes a Boutroux, torres de pensamiento que se responden a través de los siglos y cuyo contacto invisible reside en el fondo de nuestro universo moral. Lo peligroso no es la fuerza,

sino la inmoralidad de la fuerza. No es la paz, como creía Polibio, lo que más corrompe el alma de los pueblos. No es el culto sereno de la fraternidad la fuerza que nos arrastrará al infierno de todas las abominaciones. Lo que más pervierte a la sociedad humana es la tolerancia pasiva del crimen, es el fermento absurdo de esas aristocracias de eunucos, que prefieren el deshonor y la bajeza a los peligros de una guerra por la justicia; aristocracias sin nacionalidad, torniquetes de conciencias, que trafican con la dignidad de la especie a fin de no perder las ventajas derivadas del bienestar material de la paz. Cuando los pensadores de nuestro tiempo, atentos al ritmo de la historia, tratando de auscultar los ruidos del mundo, consideraron muerta para siempre la política idealista y romántica de los primeros ejércitos libertadores, erguidos contra el despotismo de Europa; cuando Bentham y el mismo Montesquieu, en los albores del gran renacimiento democrático, fundaban su derecho internacional sobre el interés de los Estados, haciendo sobrenadar imperialismos ásperos y apetitos groseros, se juzgó que había descendido de nuevo el nivel de la moralidad universal. Pero en este conflicto permanente de las ideas morales se agita una fuerza secreta que restablece el equilibrio que ha sido roto en favor de los factores negativos de la inteligencia. He ahí el ejemplo reconfortante de Inglaterra, lanzando sus hijos a la hoguera para defender su firma puesta al pie de un "pedazo de papel". He ahí la aventura de Italia, echando un millón de bayonetas sobre el flanco austriaco, en momentos en que Rusia, desorganizada por la traición de Soukhomlinoff, corría hacia el abismo. He ahí al Brasil, envuelto en la contienda por espíritu de solidaridad, decidiéndose en el minuto supremo en que la democracia del Norte marchaba a una guerra donde no cosechará más que duelos y lágrimas. He ahí al pueblo argentino, arrebatado por esta campaña de idealismo, el pueblo cuyas palpitaciones hemos sentido a través del Plata, el gran pueblo que ha puesto su pensamiento en la línea trágica de Francia, donde se sufre y donde se muere,

allá donde las alas dominadoras de Almonacid, el pájaro riojano, le señalan el camino de la justicia y de la gloria! He ahí, finalmente, a nuestro pueblo, el pueblo uruguayo que aclamó el 14 de Julio como una de sus fiestas nacionales, instante profundamente idealista de su historia, segundo intensamente generoso, pues aquello significaba, frente a los métodos atroces del pangermanismo, una victoriosa afirmación de nuestra mentalidad humanitaria, un fragmento de soberanía moral arrancado a las garras de la barbarie. El sentido de nuestra opinión pública, su fino instinto internacional, no ha flaqueado un solo momento. Vosotros lo habéis visto y lo habéis palpado. Acaso nunca el gobierno podrá contar como ahora a toda la opinión nacional detrás suyo. Ha llegado el momento de obrar enérgicamente, y a pesar de todo, nada se ha movido. Pero debemos tener confianza en el porvenir. El interés de la democracia mundial exige de nosotros un sacrificio penoso. Nuestro pueblo insistirá, pues, en la ruptura de nuestras relaciones diplomáticas con el despotismo secular de los Hohenzollern y de los Ausburgo. De cualquier manera, podéis tener la seguridad de ello, el Uruguay salvará su voto ante el tribunal de la Humanidad. (1)

*
* *

Luchar o perecer... He ahí vuestra divisa, que es también la nuestra. Nada hay más terrible para la vida que el estancamiento en la injusticia. No importa que las probabilidades de éxito puedan marchar contra nosotros. La lucha renovará nuestro ideal y nos forjará un corazón nuevo. Nuestra política internacional, contrariamente a la del conde Luxburg, debe dejar rastros en la conciencia humana, huellas profundas que sean a la vez una señal y un ejemplo para las generaciones que han de sucedernos. De la buena obra aprovecharán nuestros enemigos, hasta los hijos y los nietos de los que nos desearon los mayores males. La majestad del universo posee esa belleza suprema. Ha llegado así hacia nos-

(1) Dos semanas después de pronunciado este discurso, el Uruguay rompía sus relaciones con Alemania.

otros, por caminos sombríos y penosos, para enseñarnos, antes que Mme. de Stael, la ciencia discreta del perdón. El gran espíritu es una suerte de árbol sagrado que da su sombra pacífica al que lo cuida y al que lo atormenta; es la lluvia fecunda que cae tanto sobre el predio del honesto como sobre el campo del malvado. Pongamos en ese ideal de eterna verdad toda la fuerza de nuestras pasiones. No olvidemos que la pasión es el fuego que templa la energía, que trasmuta los valores del alma y que realiza las grandes obras. América es para la humanidad, pero no para la humanidad del crimen, sino para la humanidad de la justicia. Los gobiernos neutrales que se enternecen ahora ante la suerte de Alemania, cuando no tuvieron una palabra para condenar a los opresores de Bélgica, a los incendiarios de Lovaina, a los verdugos de Aerschot, a los violadores de Reims; los gobiernos neutrales, que mistifican y envenenan el alma de los pueblos, que derraman lágrimas hipócritas ante la suerte de la familia europea desgarrada por la tragedia, que se aferran, desesperados, al frágil madero de la paz, convertido hoy en picota denigrante, que hablan del derecho en largos discursos retóricos, como si el derecho fuese la limosna de los fuertes y no una concepción inmortal que mueve el mecanismo de la historia y que trasmite su alma a los siglos; los gobiernos neutrales que todo lo esperan del cinismo de los poderosos, del desprecio ajeno disfrazado con la máscara de la bondad, esos gobiernos andróginos de todos los países, se hallan actualmente fuera del género humano, fuera de las leyes morales, pues han perdido todo contacto con el espíritu de nuestro tiempo. Pensad lo que hubieran hecho Rivadavia o Sarmiento en este minuto histórico en que se juegan los destinos del planeta. Pensad lo que hubiera hecho Mitre, el gran amigo del Uruguay, cuya noble figura de patricio está tan cerca de nuestro corazón. Pensad lo que hubieran hecho vuestros grandes muertos, los que forjaron el alma de ese bello país que se extiende desde los trópicos hasta los hielos polares y en el cual podría caber la humanidad entera, ese país

donde los uruguayos se sienten compatriotas vuestros por el solo hecho de habitarlo, nación idealista que hoy viene hacia nosotros, encarnada en los hombres más representativos de su intelecto, para darnos su palabra de aliento y estrecharnos con el abrazo de su solidaridad.

***

Nuestro Comité, presidido por el eminente hombre público cuyo amor a la Argentina habéis sentido en los menores actos de su vida política, formula sus votos más ardientes para que los pueblos de ambas orillas del Plata puedan confraternizar pronto en esta lucha sagrada de todas las razas para rescatar el derecho hollado por la violencia y salvar la justicia escarnecida por la deslealtad. A los pies de Francia crecerán las bayonetas como espigas aterradoras y milagrosas, las bayonetas que nunca debieron haber salido a la luz sino para transformarse en arados. Pero la locura sanguinaria de los Hohenzollern ha querido esta guerra, esta guerra atroz que debe acabar con todas las guerras. De nada servirían tantos sufrimientos, tantas angustias, tantas lágrimas, si merced a la insensata cobardía de los neutrales, nuestros hijos han de verse envueltos otra vez en una abominable tragedia que quisiéramos ahorrarles. Al brindar, pues, por Francia, señores, brindo por todos vosotros. Francia nos ha hecho fuertes, Fancia ha suprimido nuestra inquietud, nos ha reconfortado con su heroísmo silencioso y con su dolor sin ejemplo. Ella nos ha conducido a través de las sociedades moribundas, en medio de las quimeras pulverizadas por la metralla, de los ensueños derribados por esta agonía formidable del despotismo. Francia nos ha anunciado que la bancarrota de las ideas morales es sólo aparente, y que las doctrinas reparadoras se renuevan y se substituyen en el infinito de las centurias. Ella es la síntesis resplandeciente de todas las virtudes de los aliados. Lloyd George le ha dicho: "Tú eres la encarnación del ideal por el cual todos nuestros pueblos luchan y perecen". Ami-

gos argentinos: Mirad hacia Francia. Desde hace tres años, ella nos viene señalando, con su gran gesto mudo, el surco sangriento donde América debe verter las nobles energías de su libertad. Nuestros pueblos están de pie. Esa tormenta popular que anoche rugió a nuestro lado, es más elocuente que todas mis palabras. ¡Por Francia, señores! ¡Por la victoria!

Discours de Mr. Adolfo Agorio

(Traduction française)

Messieurs les Délégués,

L'Argentine vous a envoyés comme messagers de la cause la plus noble qui ait pu diviser le genre humain. Vous n'êtes pas seulement les représentants de l'esprit national argentin, mais aussi les interprètes d'une vieille tradition de justice, tradition séculaire qui fait de cette intellectualité une solide barrière contre laquelle s'écroule l'idéal mis au service du crime, et où triomphent les principes de la dignité humaine outragée par la barbarie. Vous vous êtes sentis touchés dans l'amour que vous portez à notre pays. Aussi ma voix paraîtra-t-elle faible, en face de ce grand sentiment anonyme qui s'est porté vers vous, pour vous saluer comme frères, comme compatriotes, comme enfants de cette période historique qui a forgé, au milieu de flots de sang, la grandeur de notre civilisation. Le peuple uruguayen a appuyé la mission que notre comité de solidarité a bien voulu me confier. Il vous a parlé ce langage formidable des ovations, langage profond, qui a le charme puissant d'une force de la nature, langage qui représente à la fois la conscience et l'espérance.

Il a pénétré chez vous avec cette superbe énergie où se découvrent toutes les marques de la volonté, tout le feu de l'affection, toutes les nuances de l'âme. Il vous a donné la main et vous a dit: "Nous sommes plus que vos amis. Nous appartenons à votre famille. Nous som-

mes prêts à vous appuyer dans votre lutte contre le mensonge et l'injustice. Depuis que la guerre européenne a éclaté, notre coeur est au service de la France. Les idées mères de notre démocratie sont françaises, les forges d'où sortent les premiers rayons de notre science sont françaises, les maîtres de notre pensée littéraire sont français. La destinée nous a unis à la France, aucune force ne pourra nous en séparer.

Je me demande comment vous, esprits amis de la paix, héraults de la fraternité humaine, vous pouvez proclamer l'intervention de nos pays dans la lutte sanglante qui frappe le monde. Je me demande pourquoi l'idéalisme fraternel de Wilson se dresse contre la névrose pangermaniste, pourquoi le pacifisme rêveur de Lloyd George se hérisse de baïonnettes, et s'affirme avec la violence réfléchie du grand idéal réformateur. Voici le triste tableau qu'offrirait à l'humanité une poignée de vérités désarmées. Il faut opposer à la science sans conscience, le calcul fait âme, la méditation animée par l'esprit du bien. C'est, pour quelque chose que, franchissant les passions et les intérêts arrivent jusqu'à nous les leçons de la vie supérieure, qui vont de Platon à Descartes et de Descartes à Boutroux, monuments de pensée qui se répondent à travers les siècles, et dont le contact invisible s'effectue dans le fond de notre univers moral. Le péril n'est pas dans la force, mais dans l'immoralité de la force. Ce n'est pas la paix, comme le croyait Polybe, qui corrompt le plus l'âme des peuples: ce n'est pas le culte serein de la fraternité, qui nous entraînera à l'enfer de toutes les abominations. Ce qui pervertit le plus l'humanité, c'est la tolérance passive du crime, c'est l'action absurde de ces aristocraties d'eunuques, qui préfèrent le déshonneur et la bassesse au péril d'une guerre pour la justice; aristocraties sans nationalité, consciences volages qui trafiquent avec la dignité de l'espèce afin de ne pas perdre les avantages qui découlent du bien-être matériel de la paix. Quand les penseurs de nos jours, faisant attention au rythme de l'histoire, essayant d'ausculter les bruits du monde, considérèrent comme morte

pour toujours la politique idéaliste et romantique des premières armées libératrices dressées contre le despotisme de l'Europe; quand Bentham et Montesquieu lui-même, à l'aube de la grande renaissance démocratique, établissaient leur droit international sur les intérêts des Etats, laissant surnager d'âpres impérialismes et de grossiers appétits, on pensa que le niveau de la moralité universelle était de nouveau descendu. Mais dans ce conflit permanent des idées morales, il s'agite une force secrète qui rétablit l'équilibre détruit en faveur des facteur négatifs de l'intelligence. Voici le réconfortant exemple de l'Angleterre qui lance ses fils à la fournaise pour défendre son nom écrit au pied "d'un morceau de papier". Voici l'aventure de l'Italie, lançant un million de baïonnettes contre l'Autriche, au moment où la Russie, désorganisée par suite de la trahison de Soukhomlinoff, courait à l'abîme. Voici le Brésil qui se trouve mêlé au conflit par esprit de solidarité, qui se décide à la minute suprême où la démocratie du nord marchait à une guerre où elle ne récoltera que des deuils et des larmes. Voici le peuple Argentin entraîné par cette campagne d'idéalisme, le peuple dont nous avons entendu battre le coeur à travers le Plata, le peuple qui a mis toute sa pensée dans la France tragique, où l'on souffre et où l'on meurt, là-bas où les ailes dominatrices d'Almonacid, l'oiseau de la Rioja, lui montrent le chemin de la justice et de la gloire. Voici enfin notre peuple, le peuple uruguayen, qui déclare avec enthousiasme le 14 Juillet une de ses fêtes nationales, instant profondément idéaliste de son histoire, d'une générosité intense, puisque cela signifiait, face aux méthodes épouvantables du pangermanisme, une affirmation victorieuse de notre mentalité humanitaire, une parcelle de souveraineté morale arrachée aux griffes de la barbarie. Le sentiment de notre opinion publique, son délicat instinct international, ne s'est pas affaibli un seul instant. Vous l'avez vu et vous l'avez palpé. Peut-être jamais le Gouvernement ne pourra-t-il compter comme aujourd'hui sur l'opinion nationale. Le moment de se mettre énergique-

ment au travail est arrivé, et malgré tout, rien n'a été fait. Mais ayons confiance en l'avenir. L'intérêt de la démocratie mondiale exige de nous un dur sacrifice. Notre pays insistera donc en faveur de la rupture des relations diplomatiques avec le despotisme seculaire des Hohenzollern et des Habsbourg. Quoiqu'il arrive, vous pouvez en être bien convaincus, l'Uruguay donnera son vote au Tribunal de l'Humanité. (1)

Lutter ou mourir... Telle est votre devise qui est aussi la nôtre. Il n'y a rien de plus terrible pour la vie que l'indifférence pour l'injustice. Peu importe que les probabilités de succès soient avec nous. La lutte renouvellera notre idéal et nous fera un coeur nouveau. Notre politique internationale, contrairement à celle de Luxburg, doit "laisser des traces" dans la conscience humaine, traces profondes qui seront à la fois un signe et un exemple pour les générations futures.

Les fils et les petits fils de nos ennemis qui nous ont souhaité tant de mal profiteront de cette bonne oeuvre. La grandeur de l'Univers possède cette suprême beauté. La science discrète du pardon est donc arrivée jusqu'à nous par des chemins obscurs et pénibles avant Mme. de Stael. Un grand esprit est comme un arbre sacré qui donne son ombre pacifique à celui qui le soigne et à celui qui le martyrise; c'est la pluie féconde qui tombe aussi bien sur le pré de l'homme honnête que sur celui du criminel. Mettons dans cet idéal de vérité éternelle toute la force de nos passions. N'oublions pas que la passion est le feu qui trempe l'énergie, qui change les valeurs de l'âme et qui réalise les grandes oeuvres. L'Amérique est du côté de l'humanité; non pas pour l'humanité du crime, mais pour l'humanité de la justice. Les gouvernements neutres qui s'attendrissent maintenant sur le sort de l'Allemagne, quand ils ne surent trouver un mot contre les oppresseurs de la Belgique, contre les incendiaires de Louvain, contre les bourreaux d'Aerchot, contre les violateurs de Reims, les gouvernements neutres, qui mystifient et empoisonnent

(1) Deux semaines après que ce discours a été prononcé, l'Uruguay a rompu les relations avec l'Allemagne.

l'âme des peuples, qui pleurent hypocritement sur le sort de la grande famille européenne abattue par cette tragédie; qui s'agrippent, désespérés, à la bouée fragile de la paix, convertie aujourd'hui en un pilori déshonorant, qui prononcent de grands discours rhétoriques, comme si le droit était l'aumône des forts et non une conception immortelle qui meut le mécanisme de l'histoire et qui transmet son âme aux siècles; les gouvernements neutres, qui attendent tout du cynisme des tout-puissants, du mépris d'autrui caché sous le masque de la bonté, ces gouvernements androgynes de tous les pays se trouvent actuellement hors du genre humain, hors des lois morales, parce qu'ils ont perdu tout contact avec l'esprit de nos jours. Pensez à ce qu'auraient fait Rivadavia et Sarmiento en cette minute historique où se jouent les destinées de ce monde. Pensez à ce qu'aurait fait Mitre, le grand ami de l'Uruguay, dont la noble figure de patricien est si près de notre coeur. Pensez à ce qu'auraient fait vos illustres morts, les forgerons de l'âme de ce beau pays qui s'étend depuis les tropiques jusqu'aux glaces polaires, et dans lequel l'humanité entière pourrait être contenue, pays où les Uruguayens se sentent vos compatriotes par le seul fait de l'habiter; nation idéaliste qui vient aujourd'hui jusqu'à nous, représentée par les hommes les plus illustres de sa capacité intellectuelle pour nous encourager et pour resserrer nos liens de solidarité.

Notre Comité, présidé par l'éminent homme d'Etat, dont vous connaissez l'amour pour l'Argentine par les actes de sa vie publique, adresse ses voeux les plus ardents pour que les peuples des deux rives du Plata puissent s'unir bientôt dans cette lutte sacrée de toutes les races afin de reprendre le droit foulé aux pieds par la violence, et de sauver la justice méprisée par la perfidie. En France les baïonnettes croîtront comme des épines menaçantes et miraculeuses, baïonnettes qui n'auraient jamais dû apparaître que poux se transformer en charrues. Mais la folie sanguinaire des Hohenzollern a voulu cette guerre atroce qui doit mettre fin à toutes les

guerres. Tant de souffrances, tant d'angoisses, tant de larmes ne serviraient à rien si, grâce à la lâcheté insensée des meutres, nos fils doivent être, une autre fois, enveloppés dans une abominable tragédie que nous voudrions leur éviter.

En faisant mes voeux pour la France, Messieurs, je les fais aussi pour vous. La France nous a rendus forts, la France a supprimé notre inquiétude, elle nous a réconfortés par son héroïsme silencieux et sa douleur sans exemple. Elle nous a conduits, à travers les sociétés mourantes, au milieu des chimères pulvérisées par la mitraille, des rêves détruits par cette formidable agonie du despotisme. La France nous a annoncé que la défaite des idées morales est seulement apparente et que les doctrines réparatrices se renouvellent et se substituent dans l'infini des siècles. Elle est le complément resplendissant de toutes les vertus des Alliés. Lloyd George lui a dit: "Tu es l'incarnation de l'idéal pour lequel tous nos peuples luttent et meurent".

Amis Argentins: Regardez la France. Depuis trois ans, elle nous montre avec son grand geste muet, le sillon sanglant où l'Amérique doit diriger les nobles énergies de sa liberté. Nos peuples sont prêts. Cette tempête populaire, qui a rugi hier soir à notre côté, est plus éloquente que toutes mes paroles.

Pour la France, Messieurs! Pour la Victoire!

Discours de Mr. Lefaivre (1)

Messieurs:

En ce moment même, la presse reproduit, à travers le monde, l'écho de la grandiose manifestation à laquelle nous avons assisté hier soir.

Qu'il me soit permis, à mon tour, de remercier et de féliciter, au nom de la France et de ses Alliés, les organisateurs, ici présents, ainsi que Messieurs les délégués

---

(1) Discurso pronunciado en el banquete de solidaridad el 20 de septiembre de 1917.

Argentins qui ont bien voulu venir de Buenos Aires pour y participer.

En France, la nouvelle de cette manifestation sera reçue avec joie. Elle sera reçue sans surprise, car les témoignages constants de chaleureuse sympathie que nous a donnés depuis trois ans la population de ce pays sont constamment présents à notre pensée.

La France et ses Alliés savaient qu'elles pouvaient l'heure venue, compter sur l'Uruguay.

On connait et l'on répète en France les noms de tous les éminents citoyens de ce pays qui, comme Mr. Adolfo Agorio, se sont prodigués pour la bonne cause, ont dépensé des trésors de talent et d'énergie pour réveiller les esprits, ouvrir les yeux des moins clairvoyants sur les deux rives du Rio de la Plata.

Vous avez entrepris, Messieurs, de montrer aux peuples de ces pays de quel côté, dans la lutte effroyable, se trouvent la justice et le droit.

Etait-il donc si difficile d'éclairer l'opinion et d'ouvrir les yeux à ce qui apparait aujourd'hui comme l'évidence?

Plus tard, après la guerre, les philosophes chercheront la solution de cet étonnant problème: quelles furent les causes de l'aveuglement de l'humanité à l'égard des projets de l'Allemagne? Car ces projets n'avaient certes rien de mystérieux. Mais il n'est, dit-on, pires sourds que ceux qui ne veulent entendre, et j'ajouterai, il n'est pires aveugles que ceux qui ne veulent pas voir.

Le pacifisme était une doctrine; on était obsédé de rêves humanitaires, on CROYAIT *l'âge des grandes guerres passé. Or, comme l' a dit notre philosophe Gustave Le Bon, " la croyance a pour caractéristique fondamentale, de " n'être modifiable ni par l'observation, ni par la raison, " ni par l'expérience ".*

Les témoignages, les preuves des projets criminels de l'Allemagne abondaient cependant, mais on ne voulait pas les admettre.

Permettez-moi de vous dire, Messieurs, que j'ai passé en Allemagne presque la moitié de ma longue carrière;

je me suis efforcé d'observer le peuple allemand avec toute l'attention d'un homme qui se dit chaque jour: "je suis chez ceux avec qui nous serons un jour en guerre." Je puis vous assurer que les Allemands ne faisaient pas grand mystère de leurs projets de conquête. Ce n'est pas dans le secret le plus profond que leurs plans d'hégémonie sur l'Univers ont été préparés. Je n'avais qu'à ouvrir le livre devenu célèbre depuis lors, de Tannenberg et qui traînait partout. Or voici ce que je pouvais y lire:

" Les établissements allemands du Brésil méridional " et de l'Uruguay, forment la seule éclaircie dans le sombre tableau que présente la civilisation Sud-Américaine. Là, résident 500.000 Allemands, et il est à espérer " que par la réorganisation de l'Amérique du Sud, quand " les peuples métissés d'Indiens et de Latins auront disparu, l'immense bassin de La Plata, avec les côtes qui " s'y rattachent à l'ouest, à l'est et au sud, deviendra territoire allemand.

" Le Brésil du Sud, le Paraguay et l'Uruguay, sont des " pays à culture allemande. L'Allemand y sera la langue nationale.

" L'Allemagne prend sous sa protection les républiques de l'Argentine, du Chili, de l'Uruguay, du Paraguay, le tiers méridional de la Bolivie, et la partie méridionale du Brésil, pour autant qu'y règne la culture " allemande. Pour leurs approvisionnements en produits " de l' industrie, ces pays doivent dépendre uniquement " de l'Allemagne. La concurrence des autres Etats sera " écartée par un droit d'entré e de 100 o|o de la valeur " des objets. Aucun ressortissant d'un Etat étranger ne " pourra faire l'acquisition d'immeubles, de mines, d'établissements industriels, de maisons ou d'autres propriétés quelconques".

Tel est, en quelques mots, le plan de germanisation, décrit tout au long dans le livre cité.

Mais à ceux qui citaient Tannenberg ou Bernhardi, on répondait alors: "Ce sont des rêveries". Or nous devons dire aujourd'hui, ce ne sont pas des rêveries, ce sont les

Evangiles d'une nouvelle religion et les Allemands ont réalisé, ces livres en main, leur plan de dévastation et d'extermination.

Enfin, grâce à vos efforts persévérants, Messieurs, les yeux sont désillés. On s'étonnera un jour qu'il ait fallu dépenser tant de talent, montrer tant de courage pour prouver aux yeux de tous que tout un continent était enveloppé d'un inmense réseau d'intrigues, ayant pour objet d'aliéner sa liberté. Enfin, nous pouvons dire aujourd'hui que l'Amérique Latine à choisi. Nous voyons de quel côté se sont portées ses préférences et ses espérances. Il ne manque plus une seule note à l'accord de ce vaste continent.

Et nous n'oublierons pas, en France, les amis dévoués les hommes éminents auxquels nous sommes redevables de ces précieux concours.

Notre gratitude leur est acquise à jamais.

De Mr. Jules Lefaivre

(Versión castellana)

Señores:

En este preciso momento, la prensa reproduce, a través del mundo, el eco de la grandiosa manifestación a la cual asistimos anoche. Que me sea permitido, a mi vez, agradecer y felicitar, en nombre de Francia y de sus aliados, a los organizadores aquí presentes, así como a los señores delegados argentinos, que han llegado de Buenos Aires para participar de la demostración.

La noticia de esta manifestación será recibida en Francia con alegría, pero sin sorpresa, pues los testimonios de constante y calurosa simpatía que la población de este país nos viene tributando desde hace tres años, está presente en todos los momentos en nuestro pensamiento. Francia y sus aliados sabían que, llegado el instante, podían contar con el Uruguay. Se conocen y se repiten en

Francia los nombres de todos los ciudadanos eminentes de este país, que, como Adolfo Agorio, se han consagrado a la buena causa, derrochando tesoros de talento y de energía para despertar los espíritus y abrir los ojos de los menos clarividentes en ambas márgenes del Plata. Habéis emprendido, señores, la tarea de mostrar a los pueblos de estos países de qué lado se encuentran la justicia y el derecho en esta contienda horrorosa. ¿Ha sido muy difícil iluminar la opinión y abrir los ojos sobre lo que hoy constituye una evidencia? Más tarde, después de la guerra, los filósofos buscarán la solución de este sorprendente problema: ¿cuáles fueron las causas de la ceguera humana, respecto de los proyectos de Alemania? Esos proyectos no tenían, ciertamente, nada de misteriosos. Pero así como se dice que no hay peor sordo que aquel que no quiere oir, podría agregarse que no hay peor ciego que aquel que no quiere ver.

El pacifismo era una doctrina; dominados por ensueños humanitarios, se creía que había pasado la época de las grandes guerras. Y como lo ha dicho nuestro filósofo Gustavo Le Bon, "la creencia tiene por característica fundamental de no modificarse ni por la observación, ni por la razón, ni por la experiencia". Los testimonios, las pruebas de los proyectos criminales de Alemania abundan, a pesar de todo, pero nadie quería admitirlos. Permitidme que os diga, señores, que yo he pasado en Alemania casi la mitad de mi larga carrera. Yo he tratado de observar al pueblo alemán con la atención de un hombre que se repite cada día: "Estoy en la casa de hombres con quienes estaremos algún día en guerra". Puedo aseguraros, pues, que los alemanes no hacían gran misterio sobre sus proyectos de conquista. Sus planes de hegemonía universal no fueron preparados en el secreto. Yo no tenía más que abrir un libro de Tannenberg, que más tarde se hizo célebre. He aquí lo que yo leí entonces:

"Los establecimientos alemanes del Brasil meridional y del Uruguay, forman la única franja luminosa en el cuadro sombrío que presenta la civilización sudamericana. Ahí residen 500,000 alemanes, y es de esperar que

por la reorganización de América del Sud, cuando los pueblos meztizos de indios y de latinos, hayan desaparecido, la inmensa cuenca del Plata, con sus vastas comarcas adyacentes, será territorio alemán. El sur del Brasil, el Paraguay y el Uruguay, son países de cultura alemana. El alemán será allí la lengua nacional. Alemania tomará bajo su protección a las repúblicas Argentinas, Chile, Uruguay y Paraguay, el tercio meridional de Bolivia y la parte sur del Brasil, mientras prospere allí la cultura alemana. En cuanto a su abastecimiento en productos industriales, esos países deben depender únicamente de Alemania. La concurrencia de los otros Estados, será suprimida con un derecho de entrada del 100 o|o sobre el valor de los objetos. Ningún sindicato extranjero podrá adquirir inmuebles, minas, establecimientos industriales, casas u otras propiedades".

He ahí, en breves palabras, el plan de germanización desarrollado en el libro a que me refiero. Pero a quienes citaban a Tannenberg o a Bernhardi, se les respondía entonces: "Son fantasías". Así es que podemos exclamar ahora que no hay tales fantasías, sino el evangelio de una nueva religión que los alemanes han realizado. Sus libros no han hecho más que adelantar su plan de devastación y de exterminio.

Al fin, gracias a nuestros esfuerzos perseverantes, señores, los ojos han sido abiertos. Algún día nos sorprenderemos de que haya sido necesario prodigar tanto talento y mostrar tanto valor para probar, a la vista de todos, que existía un continente envuelto en una inmensa red de intrigas que tenían por objeto enajenar su libertad. Al fin podemos decir hoy, que América Latina ha elegido el camino. Vemos ya de qué parte están sus preferencias y sus esperanzas. No falta una sola nota en la armonía de este vasto continente.

Y nosotros no olvidaremos jamás, en Francia, a nuestros amigos abnegados, a los hombres eminentes a quienes debemos esos concursos preciosos. Ellos han conquistado para siempre nuestra gratitud.

De Julio María Sosa

No son bellas palabras, subrayadas por la elocuencia, lo que os traemos del solar artiguista para infundiros el concepto fraternal de nuestra solidaridad. No necesitáis estímulos tribunicios los que podéis ofrendarnos el alto placer intelectual de oir y de aplaudir a Leopoldo Lugones, después de haberlo tantas veces leído y admirado. Lo que os traemos hoy, los orientales, es la expresión de una invariable sentimentalidad histórica, es la vibración sincrónica y clamorosa de nuestra alma popular, para confundirla, como en soberbia caja de resonancias, con la vuestra, en esta hora augural de generosas reivindicaciones, cuando la conciencia se hace acción y el ideal gobierno del destino. Os traemos la fe de nuestro pueblo para identificarla a vuestra fe; la fraternidad de nuestros postulados para engarzarlos en el oro del sol de vuestra bandera agraviada; la certidumbre de nuestras coincidencias patrióticas en las actitudes de rebeldía y de reparación; la comunidad del esfuerzo, hasta el sacrificio, contra las tiranías, como en las madrugadas épicas de Caseros y Yatay; la comprensión leal y definitiva de un deber americano, más alto que el vuelo de vuestros cóndores andinos y más grande que vuestras periferias geográficas, cuyo cumplimiento nos haga a todos fuertes por el derecho, respetados por la justicia, invencibles por la voluntad inalienable de la democracia! Pueblo que no sabe de cobardías ni de servilismos, como no sabe de diplomacias de dos caras, ni de tramoyas internacionales, el nuestro, sin otras armas que sus sinceridades de siempre, sin otras finalidades que su prestigio moral, no ha vacilado jamás en definir posiciones frente a los poderosos que pretendieran sustituir, en las realizaciones de la historia, el derecho que iguala y enaltece a las sociedades y a los hombres, por el puño de hierro que sella la servidumbre con la marca ancestral del despotismo. No sabe de inconsecuencias ni de duplicidades. Cultor de idealismos románticos, privilegio acaso de una progeni-

tura caballeresca que pone el corazón en la empuñadura de la espada, no concibe ni la indiferencia ante el ultraje ajeno, ni la neutralidad entre el opresor y el oprimido, entre el criminal y la víctima, entre el que conquista para tiranizar y el que se defiende para ser libre, entre el que mata y destruye para suprimir resistencias legítimas a su vasallaje y el que mata y muere para edificar, sobre el plinto sangriento de su sacrificio, la humanidad mejor del porvenir. Más de una vez, entre vosotros mismos, se ha sospechado de nuestra ingénita hidalguía, de nuestra hermandad histórica, porque no han faltado espíritus suspicaces y cizañeros que intentaran, entre vosotros, explotar nuestra amistad para los demás, para Estados Unidos y para el Brasil, gloriosos apostolizadores del deber y del derecho americanos, como síntoma morboso de una conspiración de sentimientos agresivos contra vuestro país. Espíritus suspicaces y cizañeros, que no pueden admitir la sinceridad del afecto ajeno, si éste se dinamiza altruistamente a través de todas las fronteras, para asegurar entre todos los pueblos afines la misma amistad que se requiere con carácter exclusivo. Espíritus suspicaces y cizañeros, que pretenden poner en conflicto vuestras susceptibilidades y nuestros derechos, nuestros intereses paralelos y nuestras glorias comunes, en nombre, señores, ¡sugerente concomitancia!, de los propósitos y doctrinas que concitan hoy nuestras protestas solidarias, nuestras reacciones concéntricas, nuestra individualización subjetiva ante el agravio; en nombre de propósitos y doctrinas tan deprimentes y perturbadoras como las que el kaiserismo aplica y difunde en la diplomacia y en la guerra, para domeñar rebeldías y sublevar altiveces, con su rotundo espadón de hierro de conquistador germánico, mezcla de hacha y de espada, trasunto de su conformación étnica y moral. Sin embargo, los sucesos, gravitando bajo el imperio de un determinismo incontrastado, nos aleccionan y nos precaven.

La prédica falaz habrá removido alguna vez la tersa superficie de las aguas fraternales, ondulándolas como lienzo

de una bandera agitada por la brisa que pasa sin herirla; pero jamás ha logrado conmover la entraña bravía del "río común" con las formidables crispaciones de la tormenta que ruge bajo un cielo sin sol. Esa prédica no ha penetrado jamás hasta nuestro corazón, que es la entraña sensitiva de nuestro pueblo y que es el broquel, inaccesible a las intrigas, de nuestra fraternidad en el amor y en la justicia. Si no fuere bastante para abonar este grato convencimiento que se cifra en vuestra rectitud, vuestra vida de ayer gloriosamente consagrada, en luchas homéricas contra peligros comunes, por la concordancia de esfuerzos y aspiraciones, esta hora de suprema identificación sentimental e ideológica nos reintegraría a la plena confianza y a la íntima certeza de nuestra unidad histórica y de nuestra unidad futura. Los orientales hemos sentido con la misma intensidad que vosotros, el escozor de la injuria teutona a vuestra dignidad patriótica; hemos sentido en propia carne viva el cauterio de la artería tudesca; hemos abierto nuestros brazos para poner vuestro corazón contiguo al nuestro y compartir sus emociones con nuestra indignación y nuestra rebeldía; hemos hecho nuestra vuestra causa, sin medir responsabilidades, sin advertir intereses, para agasajar a vuestros nobles emisarios en las calles de Montevideo, donde otrora Paz y Mitre ofrendaran el holocausto de su heroísmo a la causa troyana, en un homenaje popular de espontáneo e insólito relieve; y hemos venido hasta vosotros para transmitiros, con transparencias verbales, la expresión de nuestra voluntad irreductible de romper todas las vinculaciones subsistentes con el kaiserismo y de abolir las últimas ficciones de una neutralidad unilateral, a cuya sombra enervante surgen y se multiplican, como los hongos ponzoñosos, las agencias de beligerancia, de corrupción y de espionaje, que nos hacen amigos de nuestros enemigos y enemigos de nosotros mismos, en tierras de libertad, pobladas por una raza democrática.

No hay disyuntiva decorosa para nuestro republicanismo de ejecutorias heroicas, para nuestra hombría moral de ciudadanos de América, para nuestra personería de

actores espontáneos en un trágico antagonismo universal de culturas y de idealidades, cuando se nos convoca a decidir las normas de nuestras obligaciones, cuando es necesario ser o no ser,—avanzar, como las corrientes sin regreso de nuestros ríos azules, o desertar ante el ultraje que se asocia al crimen de una autocracia que pone al servicio de su ensoberbecimiento y de su agresividad el imperativo kantiano de la soberanía de Krupp, contra el derecho, "único soberano del mundo"; que se jacta, como el superhombre de Zarathustra, de la eternidad de su destino sobre la esclavitud de los demás; que pretende someter a la hegemonía de sus negras águilas de presa la parte del globo que no es alemana, como integrante patrimonio de la que ya lo es, sin advertir, ingenua aún en medio de su perversidad, que la profecía revolucionaria de Heine está por realizarse con el derrumbamiento de la última Bastilla!

Los pueblos americanos, que hemos creado nuestra libertad con nuestro esfuerzo, que hemos gestado nuestras patrias y nuestras autonomías con abnegaciones ejemplares, que hemos trazado nuestro camino en la historia y en la civilización con las virtudes edificadoras de nuestros músculos y de nuestros nervios, y que orientamos nuestro paso de vencedores hacia devenires aurorales, a través de horizontes constantemente ensanchados por la visión hialina de un alto ideal, ¿hemos de resistirnos a cumplir el deber que auspiciaran en el pasado, con intuición maravillosa, Monroe y Miranda San Martín y Artigas, Bolívar y Monteagudo, Alberdi y Juan Carlos Gómez, de unificar "el pensamiento, el corazón y la voluntad de América" para defender e imponer la democracia, que es la más noble y la más gloriosa realidad humana? No: nuestra inacción sería la regresión de todo un siglo y la renuncia a todas nuestras glorias de ascendencia patricia!

Los revolucionarios franceses, al grito que en la posteridad resuena todavía como un llamamiento de clarines, de "la patria en peligro", vencieron todas las conspiraciones extrañas contra su libertad. Hoy es la humanidad

entera la que corre peligro y a la humanidad corresponde, salmodiando las mismas marsellesas de Francia, la secular abanderada de las almas sin amos, poner su fuerza o su fe, tantas veces más fuerte que la fuerza, en esta obra definitiva de vindicación y de emancipación, en que está comprometido el destino de todos, porque el conflicto local se ha universalizado, porque ya no caben indiferencias o impasibilidades, neutralismos claudicantes o expectativas medrosas; porque es necesario estar con el derecho o contra el derecho, con el crimen o contra el crimen, con la democracia o contra la democracia; porque abstenerse, sustraerse a la responsabilidad de la propia acción, cuando la lava del volcán chamusca ya los trigales nativos, es aliarse y someterse sin virilidad y sin honor a los que nos menosprecian hoy como "parásitos" y nos emplazan para las expediciones punitivas de mañana; a los que, piratas en el mar y salteadores en tierra, sacrifican a sus concupiscencias vandálicas ciudades y pueblos, niños y mujeres, obras de arte y obras de soberanía, juventudes gloriosas, reviviendo así los siglos de barbarie en que sus walkirias escanciaban, entre cánticos y holocaustos al dios guerrero, la espumante cerveza de sus orgías en el hoyo de los cráneos sangrientos de los adversarios vencidos!

Afirmemos, pues, nuestra voluntad, que por ser la voluntad del pueblo es la que gobierna, de romper siquiera, a modo de anticipo plebiscitario, en coincidencia con el voto austero y previsor de las Cámaras argentinas, los últimos vínculos convencionales que nos hacen aparecer disfrazados de amigos del káiser a través de falaces ritualismos diplomáticos.—Mientras el pueblo alemán no asuma personería democrática, desautorizando así la política bicéfala Hohenzollern-Luxburg,—hierro y trapisonda; mientras el pueblo alemán, mudo, inerme y cómplice, no recobre su personalidad para reparar todas las injusticias y todas las delincuencias de sus gobernantes; mientras los libros de Bernahrdt sigan apostolando los métodos de agresión, a nombre del derecho, de la violencia, en sus escuelas y en sus campamentos;

mientras la cínica filosofía de Nietzche enseñe, con éxito, a desdeñar "en el rubio animal de presa, el temblor de las manos que hacen sufrir y morir"; mientras el pueblo alemán no reaccione bajo la influencia de un dinamismo democrático que trasmute y enaltece los valores morales, ningún pueblo de América puede honradamente ser amigo, o dejar de ser enemigo de Alemania!

No os dejéis seducir, argentinos, por la diplomacia de guantelete metálico, forrado de gamusa, proteiforme y camaleónica, del káiser. Sabe ella dar un paso atrás, para preparar el golpe aleve de la garra felina. La artería de Luxburg no es un caso de patología individual. Este pertenece a una especie zoológica ubicua de aclimatación y de adaptación insuperables! La artería de Luxburg es el exponente de una amoralidad de casta, simple pieza de proceso a la conducta invariable de un despotismo doctrinado y sistematizado por los políticos, por los filósofos y por los guerreros servilmente adscriptos al Estado Mayor de la dinastía aria. Si se va Luxburg y quedan sus colaboradores entre vosotros, seguiréis soportando y tolerando su agencia de espionaje y su cuartel de beligerancia clandestina. Ya sabéis, por experiencia propia, lo que es una legación prusiana en un país que persiste en llamarse neutral. Aún no han volado vuestras usinas, ni explotado vuestros arsenales, ni se han incendiado vuestros graneros; pero, permitid que la agencia tenebrosa permanezca en pie, y ya veréis como la injuria de un protocolo se transforma en atropello material, en nombre de una autocracia de cruz al pecho que aspira a la paz de la resignación y de la servidumbre, invocando un derecho divino contrapuesto a nuestro evangelio laico de la democracia humana! .

Juventud argentina: como al gigante ensangrentado que Júpiter aherrojó en el Cáucaso, las deidades tutelares de América repiten desde hace tiempo su aviso legendario: "No duermas, Prometeo"! Vosotros, hombres jóvenes de ennoblecida heráldica patriótica, de una raza viril, que rezáis oraciones de gloria a vuestros próceres de la libertad de medio continente, que tenéis

como razón de vivir el ideal de la igualdad ante el derecho y de la justicia como concepto del deber, levantad bien alto el corazón en esta hora excepcional de maravillosas ascensiones emocionales; ponedlo bien cerca del sol que infundió al credo de Mayo el calor de la epopeya; concitad a la América libre, — la de Filadelfia e Ipiranga, la de Las Piedras y Tucumán, la de Maipú y Ayacucho, — a la fraternidad que precedió a su independencia, para solidarizarse, hoy como ayer, en una obra de defensa y de reparación contra todos los egoísmos y vasallajes de la tiranía, porque "en este formidable examen de conciencia, dijera García Calderón, a que estamos sometidos, la neutralidad es la renuncia a todo lo que es humano, es la indiferencia de las estrellas en el dolor de nuestro planeta claudicante"!

Esta es la hora de América. El deber no es obscuro. La renuncia es la muerte. La acción es la vida. En nuestra voluntad está cifrada la clave del destino!

De Joaquín de Vedia

En nombre y por orden de "La Nación" de Buenos Aires, presento al pueblo de Montevideo, al grupo de eminentes ciudadanos uruguayos constituídos en comité de solidaridad americana y pro aliados, y a quienes aquí representan el honor y la buena fe diplomáticas en las relaciones internacionales, un homenaje argentino de gratitud y de amistad.

Mi país acaba de ser víctima de una burla tan inmerecida como torpe. Quieren algunos ver en ese episodio un solo autor y un solo responsable. Para la inmensa mayoría de aquel pueblo, como para los hombres que dirigen sus opiniones, aunque no siempre disciplinen y encaucen su conducta, el responsable, el autor, no es sino el estado, cuyos agentes entienden representarlo y servirlo patrióticamente violando todos los escrúpulos de la lealtad y cayendo en todas las felonías de la traición. El patriotismo tiene su moral, y ésta es la de la patria que lo inspira. A través del patriotismo indudable del con-

de de Luxburg, vemos la moral de la patria alemana. No necesitábamos de esta prueba en carne propia, de esta experiencia a costa nuestra, para saber lo que debíamos esperar de la política de una nación para la cual su sello y la firma de sus embajadores nada añaden a un "chiffon de papier", y para la cual el derecho del débil no es un respeto sino una ventaja; la que atropelló, devastó e incendió a Bélgica, la que en Edith Cavell, imagen simple y tocante de la pobre bondad humana, solo vió un caso de justicia sumaria y sangrienta de soldadotes, y la que hundió el "Lusitania" con tan helada insensibilidad que aquel "iceberg" del "Titanic", parécenos ahora haber sido un símbolo anunciador de destinos inminentes. No necesitábamos de esta lección los que, al mirar el comienzo del drama desde la altura de todas las esperanzas e ideales amenazados por la fuerza brutal, consideramos que la lucha se trababa y no concluiría sino entre Alemania y la civilización, y que en el inmortal mensaje de Wilson hemos tenido la gloria de ver consagrados, desde la mayor cumbre moral de nuestro tiempo, los principios que inspiraron nuestra propaganda y nuestra protesta de tres años. Cuando el porvenir nos pase lista, vosotros, uruguayos, podréis contestar "presente", en admirable unidad de pueblo y estado, entre los primeros que vengan nombrados. Y los argentinos podremos añadir, en honor y en amor de vosotros, que fué vuestra la primera mano abierta, temblorosa de indignación y caliente de amistad, que encontramos cuando nos alcanzó, ya reducida a palabras, ya descendida a pura insolencia verbal, la inquina de los descendientes de Arminuis contra toda libertad, contra toda justicia, contra todo derecho. Y esto tampoco pudo causar asombro ni extrañeza entre los que, del otro lado del Plata, rendimos de continuo, a esta tierra predilecta de la belleza, de la inteligencia y de la bravura, el culto de los grandes recuerdos y los votos por un porvenir tan luminoso como indefectible; los que sabemos y decimos cómo vuestra historia es una ascensión dolorosa al ideal, vuestra tradición una abnegada

hidalguía en una inquebrantable altivez, y vuestra amistad un sentimiento que no se dió nunca a medias, ni se mostró nunca en vano.

De nuevo, uruguayos y argentinos nos presentamos juntos ante las naciones y ante la historia. Estos fuertes apretones de manos, frente a las horas decisivas, crean vínculos que nada ni nadie puede destruir. Libremente, conscientemente, aceptando y reclamando para nosotros el honor de la entera responsabilidad de nuestros actos, ofrecemos a los aliados nuestro concurso moral hoy, material cuando sea necesario. Por lo demás, no hacemos con ello sino cumplir deberes supremos. Si interrogáramos a nuestros númenes, a los manes de nuestros héroes,—y también hablan los sepulcros para quien sabe interrogarlos,—ellos acaso nos dirían que la libertad americana es una grave obligación contraída en defensa de la libertad del mundo. Este es el honor y la grandeza de América. De otro modo, nuestra hermana mayor del Norte no hubiera pronunciado su fórmula sublime. A su lado estamos, pues, junto a Italia, cuna de nuestra civilización, eterna y joven, madre y virgen, honda y luminosa, que se renueva sin cesar y se mejora siempre,—aclamémosla en esta hora que coincide con las primeras luces del amanecer de su gran día civil: y junto a Inglaterra, poderosa y magnánima señora de la tierra y del mar, que realiza el dominio del más vasto de los imperios por la más amplia de las libertades, y junto, por fin, a Francia, la dulce, la amada, la perfecta, la que es modelo de toda armonía y señala el rumbo de todas las revoluciones benéficas, la que no ha menester de ser oscura para ser profunda, ni de ser aplastante para ser sabia, ni de ser un cuartel para triunfar en el Marne y vencer en Verdún. Sigamos, uruguayos hermanos, a las naciones guías, siempre con vuestro grito "Libertad, Libertad", que si salvó a la patria, salvará la paz, la justicia y los derechos humanos

De Alberto Lasplaces

Una América

Se ha querido interpretar el panamericanismo como un movimiento artificial, o empujado a lo más por cálculos de bajo predominio o por impulsos de subalterna ambición. Nada más lejos de la verdad que ese concepto falso y humillante de lo que consideramos como una función, hija de un derecho legítimo, además de ser una norma política que contempla y resuelve los pavorosos problemas internacionales e intercontinentales, que pueden llegar a atormentar el espíritu de nuestra América. La tendencia a la unificación, nació en el albor mismo de la época separatista, cuando en caos confuso las viejas y casi momificadas colonias españolas intentaban, a fuerza de pasmosos heroísmos, conquistar sus libertades e inscribirse gallardamente en el libro de las naciones independientes. En 1810 se proponía ya en el Directorio chileno el establecimiento de una confederación de los pueblos americanos del Pacífico. Como espléndida prueba de tal sentimiento irresistible y victorioso a través de las más ásperas vicisitudes, está viva en la historia de la emancipación de estas repúblicas la ayuda que se prestaron las unas a las otras en las horas crueles de sus luchas por la libertad, y el acuerdo que reinó entre todas ellas, mientras no se hubo logrado extirpar del suelo continental el último resto de la dominación hispana. Maravilloso ejemplo de unión—que hace pensar por sí sólo en la práctica triunfante de un verdadero instinto,—es ese que acerca a organismos en pleno período de formación y que les hace gustar las ventajas de la confraternidad en el dolor y en la gloria y les señala la ruta única por donde llegarán a ser fuertes al mismo tiempo que libres y prósperos. El americanismo puso su primera rúbrica en la cooperación victoriosa de los campos de batalla, y surgió entre las clarinadas de triunfo y las cargas homéricas de los caballeros patriotas.

Conocido es el sueño de Bolívar. Ese gran soldado, fué

también un gran plasmador de formidables posibilidades. Su pupila de águila, desde el pedestal monolítico del Chimborazo, no abarcaba sino una sola América, no concebía sino una raza única, brotada de las ruinas del viejo régimen, armoniosa y solidaria como las notas de un acorde. A ello vamos llegando, empujados los remisos o los torpes por la fatalidad de las circunstancias. El sacudimiento producido por la gran guerra y sus consecuencias gravísimas e inevitables, ha quitado de muchas pupilas la ceguedad que las contraía, desarrollando ante ellas el espectáculo de peligros inminentes y de responsabilidades ineludibles. En esta hora severa de su historia los países americanos sienten la necesidad de un apoyo fraterno y profundo, sólido y permanente para encarar con probabilidades de éxito las oscuras preocupaciones que anclan todos los días, como naves, que llegan desde el Porvenir. La prédica de los tozudos teóricos que intuyeron claramente los problemas continentales, plasma así, maravillosamente, como si en su manos hubieran estado los hilos secretos que empujaron los hechos hacia horizontes previstos.

La causa originaria de la solidaridad continental americana, ha de buscarse fuera de circunstancias accidentales y oportunistas, dentro de las naturales y permanentes. No es un impulso inconsciente y vano el que guía estas democracias hacia una unión estrecha y eficaz, hacia una colaboración amistosa y sin doblez. Son las necesidades de todas las horas, las solicitaciones de todos los momentos, las que exigen al credo republicano que ha presidido su desenvolvimiento interior y con cuyos principios han llegado a una rápida y brillante mayoría de edad, una expansión generosa hacia los campos más vastos de la política universal. No es sólo el justo movimiento de defensa,—especie de movimiento reflejo,—el que las acerca y organiza; es también, y más aún, el deseo de colaborar directamente en la nueva realidad que nace, de intervenir en la formación del mundo de mañana, cuando la paz vuelva a imponer su fresco y simbólico ramo de olivo. Es su propia robustez, su plenitud milagrosa y fecunda, su

capacidad indiscutible, lo que las incita a reclamar su ciudadanía en el concierto de las naciones civilizadas y directoras, desconocida tantas veces por algunas que se rigen todavía en materia internacional, por instituciones de medioevo y aplican métodos que bien pueden considerarse dentro de la esfera de la criminología morbosa. Misión de Presente, pues, y de Porvenir. Misión iluminada por un ideal de progreso, y de paz, y orientada hacia mejores días!

Ninguna razón capital, histórica, geográfica, étnica o política, se opone al panamericanismo. Desde el punto de vista histórico, todas las naciones americanas tienen idéntico origen y se han desarrollado—unas con más lentitud que otras,—fieles a las mismas etapas. Desde el punto de vista étnico, el cruzamiento de la raza nativa con la europea ha dado resultados semejantes, variables sólo, transitoriamente, por la cantidad de componentes que han aportado una y otra. Desde el punto de vista geográfico nada se puede argumentar pues, como expresión terrestre, América no es más que una, desde las heladas regiones vecinas al polo Norte hasta el abrupto centinela del cabo de Hornos que avizora las mares del Sur. Desde el punto de vista político el parentesco es mayor todavía, pues no existen en ella sino democracias republicanas, unitarias o federales, pueblos libres que han padecido un austero noviciado pero que ya, en plena virilidad, regulan su vida dentro de normas constitucionales y definitivas. No hay odios seculares ni históricos en América; ni odios ni rivalidades religiosas ni económicas, ni temores a extemporáneas hegemonías. Todo está preparado, insuperablemente, para la unidad y la armonía.

Los conflictos provocados por el imperio alemán, han venido a ofrecer a estas repúblicas una ocasión magnífica para probar que su solidaridad moral y política tiene fundamentos inquebrantables y amplias miras. La unanimidad con que todas ellas han renovado su fe americanista, prestigiada por actos inequívocos de simpatía intercontinental, dice que no han caído en el vacío los llamados

hechos a la cordura y a la acción conjunta y que todas ellas encaran el mañana con la confianza del que se siente honrado y puro a más de sentirse fuerte. La solidaridad panamericana,—al contrario de las que acostumbran a formarse en otros continentes,—no ofrece el menor peligro para ninguna de las demás integridades políticas, ni sueña con quiméricas empresas, ni cree que esté llamada a imponer por la violencia y la hegemonía, la línea recta de una norma dada. No. Está más cerca del siglo y de los ideales que en él triunfan. No puede despertar un rencor legítimo, ni alarmar ninguna intención honesta y sana. Es, sí, una amenaza para todo impulso tiránico e impositivo, para toda conducta atentatoria que tienda a obrar fuera de los límites sagrados del Derecho de gentes. En ese carácter, la acción de América se inicia con los capitales acontecimientos del presente año, como reguladora de los principios legales que deben regir las relaciones entre los pueblos. Tanto los Estados Unidos, como Brasil y Cuba, como el Perú y Bolivia, como la Argentina y nosotros los uruguayos, no hacemos más que llevar a la práctica en el terreno de las soluciones últimas, los limpios ideales que dan fuerza a la unión continental y afirmamos, con el riesgo de nuestra propia vida, la inviolabilidad de los principios sustentados. De ahí que la solidaridad con los demás países que integran el continente haya reverdecido tan espontáneamente y que de todas partes se hayan elevado cálidos votos de amistad, fervientes y sinceras palabras de compañerismo. No podía ocurrir de otro modo, a no ser que el panamericanismo hubiera estado—como todas las ideas sin base firme, —destinado a fracasar en el preciso momento en que las circunstancias le reservaban un minuto de resplandeciente afirmación. Pero no; de un lado al otro del continente, la familia americana es una sola, no importa qué raza ni qué nación y da con su solidaridad a los viejos pueblos del antiguo mundo, un ejemplo que ellos, en su larga y accidentada existencia, no supieron ofrecer jamás.

SOBRE LA GUERRA EUROPEA

DE ADOLFO AGORIO

«La Fragua». Apuntes de la Gran Guerra, $ 0.40.

«Fuerza y Derecho». Aspectos morales de la Guerra Europea, $ 0.50.

«La Sombra de Europa. Transformación de los ideas y de los sentimientos, $ 1.00.

DE ALBERTO LASPLACES

«Cinco meses de guerra», $ 0.40.

DE LEOPOLDO LUGONES

«Mi beligerancia», $ 0.40.

DE ANGEL FALCO

«Broquel de fuego», $ 0.90.

Obras editadas por LA BOLSA DE LOS LIBROS

441 - Calle Sarandí - 441

Salgado (J.).—«De la Posesión», 1 tomo	$ 1.20
Lagarmilla (E.).—«Comentarios al Código de Procedimientos», 1 tomo.	» 2.50
— «Las acciones en materia civil», 1 tomo (agotado).	
Lasplaces (A.).—«Cinco meses de guerra», estudio de la guerra europea.	» 0.40
— Literatos Uruguayos Contemporáneos»	» 1.00
Agorio (Adolfo) («Jacob»).—«La Fragua», apuntes de la Guerra europea.	» 0.40
— «Fuerza y Derecho». Aspectos morales de la Guerra europea . .	» 0.50
— «La Sombra de Europa», nuevos conceptos de la Moral, 1 tomo .	» 1.00
Azarola (Enrique).—«Proyecto de Constitución para la República Oriental del Uruguay»	» 0.30
Cruz (Alcides).—«Incursión del General Fructuoso Rivera a las Misiones»	» 0.40
Bécquer (Gustavo A.).—«Rimas», con una nota preliminar de Leoncio Lasso de la Vega y un canto por G. del Busto	» 0.25
"Almafuerte" (Pedro Palacios).—«Apóstrofe», poema	» 0.10
— «Poesías», con un estudio de A. Lasplaces	» 0.35
— «Nuevas Poesías» y «Evangélicas», con un estudio del Dr. Alfredo Palacios	» 0.35
Acosta y Lara (Federico E.).—«Lecciones de Derecho Constitucional e Instrucción Cívica», 1 tomo	» 1.00
Palomeque (A.).—«El General Rivera y la campaña de Misiones», 1 tomo.	» 1.00
Ramírez (Gonzalo).—«La tasa del impuesto en la Argentina y los pueblos de Europa»	» 0.50
Guani (A.).—«El presupuesto de la República Oriental del Uruguay». Estudio económico-financiero.	» 0.40
Holleman.—Química inorgánica (en español), cada cuadernillo . . .	» 0.20
Lagarmilla (A.).—«Estudios del Código de Procedimientos», 2 tomos.	» 2.00
Zorrilla de San Martín (Juan).—«Detalles de Historia Rioplatense», 1 tomo	» 0.50
Sayagués Laso (R.).—«Vistas fiscales», con las sentencias correspondientes, 1 tomo.	» 2.00
— «Nuevas Vistas fiscales», con las sentencias correspondientes, 1 tomo	» 2.00
Maeterlinck (Mauricio).—«La Muerte»	» 0.35
— «La Vida de las Abejas»	» 0.35
— «La Inteligencia de las Flores»	» 0.35
— «Los Dioses de la Guerra»	» 0.35
Rubén Darío.—«Prosas Profanas»	» 0.35
Sighele (Scipio).—«Las ciencias sociales y sus aplicaciones». Versión castellana de Alberto Lasplaces, recomendada por la Dirección de Instrucción Pública.	